

**M I L E S D E
P E C E C I T O S
D E V O R A N
M I
N E U R O S I S**

**MILES DE
PECECITOS
DEVORAN
MI
NEUROSIS**

MARÍA ELENA L. LACROIX



LITERATURA

© María Elena L. Lacroix, 2024

Diseño de portada: E.L., S.A. de C.V. con la colaboración
de Francisco Daniel Bolívar Moguel

D.R. y © MMXXIV G.E.P., S.A. de C.V.
Renacimiento 180, Col. San Juan Tlihuaca,
Alcaldía Azcapotzalco,
02400, Ciudad de México
Miembro de la Cámara Nacional
de la Industria Editorial Mexicana
Registro núm. 43

ISBN: 978-607-574-468-1

Primera edición, abril de 2024

*Esta obra no puede ser reproducida, total o parcialmente,
sin la autorización escrita del editor.*

Impreso en México – *Printed in Mexico*



A mi hermano Erick, en cuyas
aguas turbulentas me reflejo.

A mi hermana Lety, que cimenta
mis raíces y al mismo tiempo exalta su
transmigración.

A mi hermano Fer, quien con su
candente corazón protege y guía, como lo hace una
antorcha en la nocturna oscuridad.

A mi hermano Manu, que pasó de ser aire
a ser nube, siempre presente en el ritmo
de mi respiración.

A Sergio, el amor de mi vida.

A Sergy, Dany y Diego, mis propios niños.

A Manuel y María Elena,
que hicieron todo posible.

Según su nombre, así es él.

Samuel I, 25:25

Estoy en el fondo marino.

Miles de pececitos devoran mi neurosis, dejando al descubierto mi ego en su magnífica autenticidad.

No me resisto cuando el enorme dragón engulle mi existencia y me arroja a la profundidad de sus vísceras en compañía de mis fantasmas. Los abrazo, aquietando sus miedos con los míos, reconociéndolos.

Atravieso con ellos los peligros de las entrañas, encaminándonos juntos hacia un futuro posible, donde prevalece la luz.

Primera parte

1

El Niño estaba adentro, semisentado, medio sedado y por completo infectado. Una muerte casi segura, dijo el doctor.

Los Otros y yo estábamos afuera, considerando posibilidades en la sala de espera de terapia intensiva. En ese sitio siempre se respiraba la misma tensión porque, si bien era cierto que la mejoría de los internos era improbable, a veces se daba un remanso de salud antes de que sobreviniera otra crisis. Así es con las enfermedades incurables.

Es grave, nos dijeron. La herida comenzaba por debajo del esternón y terminaba en el principio del pubis, cruzada por los flancos. Fue necesario eliminar todo riesgo de septicemia. Se extrajeron los jugos purulentos, el apéndice y algo parecido a la vesícula, aunque los médicos no estaban muy seguros.

Sin embargo, el Niño no parecía mejorar.

Aguardamos como sólo una familia disfuncional y, además, preocupada, puede hacerlo en la sala de espera de terapia intensiva: comiendo.

El hilo conductor de las guardias en un hospital es, sin lugar a dudas, la comida. Nos habíamos vuelto *gourmets* del desempacado estéril. Un día, yemitas de huevo envueltas en pegajosos cestitos rojos fueron cuidadosamente desprendidas, con gran pericia, para evitar que algún resto de papel quedara pegado en la yema, o que fuera desperdiciado un grano de azúcar amarillo incrustado en el cestito.

La comida de hospital tiene su gracia si la combinación entre cansancio extremo, hambre y miedo es la correcta. Puede llegar a ser deliciosa.

Pero, entonces, la septicemia.

El Niño yacía en un sillón que parecía sofá reclinable de algún documental de los años setenta. Le salían cables y tubos por orificios naturales del cuerpo y otros creados por el hombre.

Sus dolores fueron acallados con poderosos analgésicos que enmascararon la fuerza destructiva de las piedras embotelladas en los conductos biliares durante más de dos semanas.

Aunque la cirugía había sido un éxito, el Niño se debatía entre la vida y la muerte.

Mientras tanto, en la sala de espera del área de terapia intensiva, otra batalla tenía lugar.

Comíamos cacahuates japoneses. No era momento para los enchilados. Necesitábamos algo crujiente, pero no tan dulzón como los garapiñados. La fritura nos reventaba bajo las muelas liberando el fruto. La mezcla de sabores calmaba los ánimos.

Nadie increpaba cómo era posible que la Madre se hubiera tardado dos semanas en traer al Niño sufriente

al doctor, cómo pudo soportar él tanto dolor. Quizás ella carecía, a pesar de la evidente simbiosis, o debido a ella, del instinto necesario para detectar cuándo era pertinente llevar a la criatura al hospital. Alguien sospechaba que el Niño, con esa peculiaridad que lo definía, tal vez había interpretado este nuevo y doloroso síntoma como uno más a su abundante bagaje de sufrimiento cotidiano y no supo explicar que este dolor en específico iba más allá de lo habitual. Quizá no se quejó lo suficiente. Quizá fue, por el contrario, demasiado.

Finalmente, fue intervenido de emergencia, y entonces se alojó en esa sala de terapia intensiva de ese hospital, tantas veces ocupado por el Padre.

En otra ocasión comimos tacos de canasta. Pero entonces lo pertinente eran las yemitas de huevo, que se deshacían en la boca como las palabras que todos pensábamos pero que ninguno llegó a pronunciar.

Era la hora y visitaba al Niño para untarle, otra vez, aceititos de San Charbel, directamente traídos de Líbano. Aprovechaba para ungir a una joven que había parido a trillizos y se debatía entre conservar el útero o vivir. Opté por la primera opción para morir completa, dijo, o para experimentar un milagro, si eso fuera posible, e intentarlo de nuevo. Pero primero muerta, dijo, a quedar vacía. Y yo salí de terapia intensiva preguntándome si había algo en la existencia que tuviera sentido.

Lo que pase entre Dios y el Niño es entre ellos, me dijo mi chamán de cabecera, a quien consulté de urgencia en medio de aquella crisis en apariencia termi-

nal, pues los últimos sucesos me laceraban. La madre de trillizos murió. El marido, desconsolado, forcejeaba con el desconcierto. No sabía qué haría con tanto niño sin madre. Otro varón más los esperaba en casa. Eran cuatro niños que tendrían que aprender a cocinar.

2

El Niño nació cuando los Otros, la Chica y yo ya estábamos crecidos. Ese día, en la sala de espera de Maternidad, el Padre tuvo que conseguir un bautizo de emergencia, un registro civil necesario que diera cuenta del incidente y un nombre. Solo, pues a la Madre no le gustaba invitar a nadie a sus eventos desgraciados. Se había pasado tres semanas el parto y ella, con esa intuición que desarrollan las parturientas, sabía que algo andaba mal.

Yo estaba ahí porque desde siempre me ha gustado meterme donde no me llaman. Los Otros se quedaron en casa, un poco por falta de interés y otro poco porque sabían muy bien el lugar que ocupaban en el espacio familiar.

Yo no. Mi papel iba y venía entre madre de la Madre, hermana mayor de los Otros, custodia de la Chica y asistente sin contrato del Padre. A nadie le gustan las niñas sabelotodo con ínfulas de matriarca.

Los chiclosos de cajeta mancharon mis dientes. Llené las bolsas de mi vestido antes de salir al hospital

con la Madre y el Padre mientras los Otros dormían. El esfuerzo de domar cada chicloso, el reto de hacerlo de dos en dos, de tres en tres, hicieron la espera soportable. El Padre salió con cara de fatiga de días, es niño, me dijo. Los dos escuchamos el tronido. Demasiado fuerte, demasiado pegajoso. El canino derecho se quedó incrustado en el trozo especialmente duro. Todavía lo conservo en un botecito negro, de esos en los que antes se vendían los rollos para cámaras fotográficas. Ahí duerme mi diente, junto con un papelito que envuelve un mechón de pelo del Niño. Ojalá nunca crezcas, está escrito. Y como en las verdaderas profecías, el deseo se nos cumplió.

Más tarde llegaron los Otros y entramos a ver a la Madre. Yo me paré en mi sitio, al lado derecho de su cama. Te traigo algo, necesitas agua, te duele la herida. La perfecta enfermera y ayudante. De pronto, en una cunita rodante trajeron al Niño. El Padre lo cargó y lo desvistió, ignorando la oposición de la Madre. Era tan blanco que se podían ver las arterias que recorrían el interior de su cuerpecito. Aunque yo no había visto muchos bebés, de inmediato supe que aquel era distinto. Casi no tenía pelo y ya se adivinaba lo grandes y expresivos que llegarían a ser sus ojos. Sus largas pestañas oscuras contrastaban con la blancura de sus mejillas y sus manos se abrían y cerraban furiosas, reclamando desde entonces toda la atención posible.

La Madre pidió una inyección. La embajadora de la Liga de la Leche trató de convencerla. El calostro, los anticuerpos necesarios, es muy bueno para la par-turienta también, enumeró, convencida de los benefi-

cios de la lactancia materna. Pero la Madre no cedió, el dolor acumulado ya era suficiente.

Y el Niño no paraba de llorar.

La Madre quería pintarse las uñas. Antes del nacimiento la obligaron a despintarlas y ella, que siempre ha sido muy vanidosa, no estaba dispuesta a recibir a las visitas en fachas, así que fui a la tienda del hospital a comprar un barniz de uñas. No tenemos, me dijeron. Yo no podía volver sin el barniz. No es prudente decepcionar a la Madre. Salí corriendo del hospital a buscar una farmacia y por fin conseguí uno, del color más morado posible. A ella no le molestó con tal de ponerse digna.

El Niño tosió con el olor de la pintura, pero no importaba. No importaba nada porque estábamos todos juntos. Bebé, le dije, de ahora en adelante seremos invencibles, una familia grande, le dije otra vez. Pero él no me escuchaba. Se había puesto del color del barniz de la Madre.